

imperio británico en las Indias, el Egipto, era el camino mas seguro para esta empresa, y si como era mas prudente, solo se queria traer hácia los puertos de Francia parte del comercio de Oriente, el Egipto era tambien el camino natural de este comercio. Era, pues, esta la mas preciosa colonia del globo, asi para tiempos de paz, como de guerra. Si en aquel momento el gefe del gobierno francés no hubiera pensado mas que en la Francia, y no en sus aliados, podia aceptar la negociacion propuesta por la Inglaterra; porque la misma Martinica, única pérdida directa y digna de atencion que la Francia habia tenido en aquella guerra, era muy poca cosa comparada con el Egipto, verdadero imperio colocado entre los mares del oriente y occidente, que mandaba á la vez y abreviaba la ruta de aquellos mares. Pero el primer consul consideraba honroso hacer restituir á los aliados de la Francia la mayor parte de sus posesiones. No dependia de él ahorrar á la Holanda todos los sacrificios á que la condenaba la defeccion de su marina, que habia seguido como es público, al estatuder en Inglaterra; pero pensaba hacer que le volvieran el Cabo y la Guyana; queria que la España, que nada habia adquirido en la guerra, tampoco perdiese nada, y que se le devolviera la Trinidad y las Baleares; en fin, estaba decidido á no ceder la isla de Malta á ningun precio, pues esta era invalidar de antemano la conquista del Egipto y hacerla precaria en nuestras manos. Era, pues, su intencion dejar á los ingleses el Indostan, aun con los pequeños establecimientos de Chandernagor y Pondichery, que no tenian importancia alguna para nosotros; agregar á ellos á Ceylan,

propiedad de los holandeses, pero exigir la restitucion del Cabo de las Guyanas, de la isla de Trinidad, Baleares, Martinica y Malta, y conservar el Egipto, considerando esta conquista como el equivalente para la Francia, de la adquisicion del continente de las Indias por la Inglaterra. Vamos á ver como se condujo para llegar á este objeto, en una negociacion que duró cinco meses enteros.

El negociador francés tenia el encargo de contestar con argumentos perentorios á la pretension de adoptar el *uti possidetis* como base del futuro tratado de paz. ¿Quereis erigir en principio, dijo á lord Hawkesbury, que cada una de las dos naciones guarde lo que ha conquistado? Entonces la Francia deberia guardar en Alemania á Baden, Wurtemberg y Baviera, las tres cuartas partes del Austria; deberia guardar en Italia la misma Italia toda entera, es decir, los puertos de Génova, Liorna, Nápoles y Venecia; deberia guardar la Suiza, que se propone evacuar luego que haya establecido en ella un orden de cosas razonable; deberia guardar la Holanda, ocupada por sus ejércitos, y en la cual se organizarian bajo su influencia las mas poderosas escuadras. Podria tomar el Hannover, darlo como compensacion, á ciertas potencias del continente, y por este medio atraerlas y someterlas de una vez á su influencia. Podria en fin, llevar á cabo la campaña comenzada contra el Portugal, indemnizar á la España con los despojos de este estado, y asegurarse á si misma nuevos puertos. Son estas posiciones maritimas tan importantes como las que se estienden desde el Texel hasta Lisboa y Cadiz,

desde Cadiz hasta Génova, desde Génova hasta Otranto y desde Otranto hasta Venecia. Si se quiere establecer principios absolutos en la negociacion toda paz es imposible. La Francia ha devuelto la mayor parte de sus conquistas á todos los gobiernos vencidos por ella: ha devuelto al Austria una parte de la Italia; á la corte de las dos Sicilias el reino de Nápoles; al papa el estado Romano todo entero; ha dado la Toscana, que le hubiera sido facil reservarse á la casa reinante de España; ha restablecido á Génova en su independencia; se limita á hacer de la Lombardia una república amiga, y se prepara á evacuar la Suiza la Holanda y hasta el Hannover. Es, pues, preciso que la Inglaterra restituya tambien parte de sus conquistas. Las que la Francia reclama no la pertenecen á ella directamente, sino á sus aliados. La Francia considera como un deber recobrarlas para devolvérselas. Por otra parte, cuando se concede á Inglaterra la India y Ceylan, ¿qué son, comparadas con estas posesiones aquellas cuya restitucion se reclama? Si no se quiere hacer concesiones, es menester decirlo, es menester declarar francamente que la negociacion no es mas que una añagaza. El universo sabrá quién tiene la culpa de que se haya hecho imposible la paz; entonces la Francia hará su último esfuerzo, y este esfuerzo difícil, peligroso, sin duda, será acaso mortal para la Inglaterra, porque el primer consul no pierde las esperanzas de pasar el estrecho de Calés, á la cabeza de cien mil hombres.

Lord Hawkesbury y Mr. Addington negociaban con el deseo de obtener una paz ventajosa

para ellos, lo que era natural, pero una paz próxima. Mostráronse sensibles á los argumentos del gabinete francés, y afectados con la resolucion que sus palabras revelaban; así es que, presentaron desde luego en la negociacion pretensiones mas moderadas, y que produjeron una avenencia. Contestaron en primer lugar el argumento del primer consul, sacado de las conquistas restituidas por la Francia, que si la Francia habia abandonado parte de sus conquistas, ha sido solo porque no hubiera podido conservarlas, en tanto que ninguna marina del mundo podria quitar á la Inglaterra las colonias que habia conquistado; que si la Francia restituia parte de los territorios ocupados por sus ejércitos, tambien se reservaba á Niza, la Saboya, las márgenes del Rhin, y sobre todo las bocas del Escalda y Amberes; lo cual aumentaba considerablemente sus dominios, no solamente por tierra, sino por mar; que era preciso restablecer el equilibrio europeo roto, que era preciso restablecerlo, ya que no sobre el continente, donde estaba enteramente destruido, á lo menos sobre el Océano; que si la Francia queria conservar el Egipto, la India no era una compensacion suficiente para la Inglaterra, y que el gabinete británico querria entonces retener una gran parte de sus nuevas adquisiciones. Sin embargo, añadia lord Hawkesbury, nosotros no hemos presentado mas que nuestra primera proposicion; estamos dispuestos á desistir de todo aquello que tenga de demasiado rigoroso. Restituiremos algunas de nuestras conquistas; decidnos solamente las que quereis que restituyamos.

El primer consul dió una réplica muy fuerte

estos razonamientos de los ministros ingleses, pues, según él, no era exacto decir que la Inglaterra podía guardar todas sus conquistas marítimas, mientras por el contrario la Francia no hubiera podido guardar sus conquistas continentales. Habiendo concluido la guerra continental, ora por la postración absoluta de una de las partes aliadas de Inglaterra, ora por el desagrado con que las demás miraban su alianza, la Francia, auxiliada por los recursos de Holanda, España é Italia, habría hecho cuanto hubiese querido en el continente, y podría hacer en el mar mucho más de lo que creían los ministros británicos. Cierto que la Francia no hubiera podido conservar el centro de la Alemania y las tres cuartas partes del Austria, sin causar un trastorno en Europa; pero habría podido concluir una paz menos moderada que la de Luneville, y habría podido, postrada como se hallaba el Austria desde la batalla de Hohealinden, guardar la Italia entera, y aun la Suiza, sin que nadie tuviese valor para oponerla la menor resistencia. En cuanto al equilibrio continental, había quedado roto el día en que la Prusia, la Rusia, y el Austria se repartieron entre sí sin equivalente para ninguna otra potencia, el vasto y hermoso reino de Polonia. Las riberas del Rin, y las vertientes de los Alpes, eran apenas para la Francia una compensación de lo que sus rivales habían adquirido en el continente. En la mar, el Egipto apenas compensaba la conquista de las Indias, y aun era dudoso que con esta colonia, conservase la Francia sus antiguas proporciones marítimas respecto de la Inglaterra.

Estos argumentos tenían el poder de la razón, y felizmente también el de la fuerza, porque no basta uno de los dos cuando se entablan negociaciones. No tardaron en ponerse de acuerdo sobre la base de las que entonces ajustaban Inglaterra y Francia, conviniéndose que aquella, quedando propietaria de la India, restituyese parte de las conquistas hechas en Francia, España y Holanda. En seguida se pasó á especificar los objetos que debían guardarse ó restituirse.

Sin conceder formalmente la posesión del Egipto á la Francia, punto sobre el cual el negociador inglés quería dejar siempre una duda, sin embargo proponía dos hipótesis, á saber: aquella en que la Francia conservase el Egipto, y la en que renunciara á él, ora lo perdiese por la fuerza de las armas, ora lo abandonase voluntariamente. En la primera hipótesis, la de la conservación del Egipto por la Francia, la Inglaterra guardando la India y Ceylan comprendiendo á Chandernagor, y Pondichery, exigía además el cabo de Buena Esperanza, parte de las Guyanas, es decir, Berbice, Demesari, Essequibo, la Trinidad y la Martinica en las Antillas, y por último toda la isla de Malta. Habría restituido las pequeñas posesiones holandesas de las Indias, Surinam, las islas insignificantes de Santa Lucía y Tabago, San Pedro y Miguelon, y finalmente Menorca. En la segunda hipótesis, aquella en que los franceses no quedasen en posesión del Egipto, quería también la India y Ceylan; pero se comprometía á devolver los establecimientos de Pondichery y de Chandernagor, el cabo de Buena Esperanza, la Martinica ó la Trinidad, una de las dos á nuestra elec-

cior, guardando la otra. En fin, reclamaba á Malta, pero no de una manera perentoria.

A juicio del primer consul no bastaban estas restituciones, y despues de un mes de discusion se logró establecer las proposiciones siguientes, que eran en el fondo el pensamiento de los dos gobiernos.

La Inglaterra queria en todos los casos la India y la isla de Ceylan. Si los franceses evacuaban el Egipto, ella les dejaba los pequeños establecimientos de Chandernagor y de Pondichery; restituía el Cabo á los holandeses con la condicion de que se declararia puerto franco; les restituía tambien, ademas de Berbice, Demesari y Essequibo sobre el continente americano, el establecimiento de Surinam; devolvía una de las dos grandes Antillas, la Martinica ó la Trinidad, y ademas Santa Lucia, Tabago, San Pedro y Miguelon; en fin la isla de Menorca y Malta. En resumen, por resultado de la guerra obtenia, si nosotros no poseíamos el Egipto, el continente de la India, Ceylan, y ademas una de las dos principales Antillas, y si teníamos el Egipto, obtenia ademas á Chandernagor y Pondichery, el Cabo, la Martinica y la Trinidad, y por último Malta; es decir, que en este segundo caso, necesitaba como precaucion quitarnos los dos apeaderos de Chandernagor y Pondichery, colocados en la gran península indiana, y como indemnizacion la Trinidad que amenazaba la América española, la Martinica que es el último puerto de las Antillas, y finalmente Malta que es el primer puerto del Mediterráneo.

Aunque el Cabo, la Martinica ó la Trinidad,

y Malta, pedidas como de mas en el caso en que conservásemos el Egipto, estuviesen distantes de valer esta importante posesion, y aun cuando hubiese sido conveniente ceder todo desde luego, si esta condicion hubiera sido inevitable, el primer consul esperaba guardar el Egipto, pagando menos cara esta concesion. Asi mismo esperaba que si el ejército ingles, dirigido hácia el Nilo, sucumbia, y los españoles activaban la guerra en Portugal, podria, guardando el Egipto, hacer restituir el Cabo á los Holandeses, la Trinidad á los españoles, Malta á la orden de San Juan de Jerusalem, y obligar de este modo á Inglaterra á contentarse con la India, con la isla de Ceylan, con parte de las Guyanas y con una ó dos pequeñas Antillas.

Todo dependia, pues, de los sucesos de la guerra; y los ingleses que esperaban que les seria propicia, aguardaban tranquilos su resultado, que no podia tardar en ser conocido, pues se trataba de saber, si los españoles se atreverian á marchar contra el Portugal, y si las tropas inglesas mandadas por el almirante Keith en el Mediterráneo, podrian arribar á Egipto; pero, como para conocer este resultado, se necesitaba uno ó dos meses á lo sumo, se adoptó por una y otra parte el remedio de ganar tiempo, sin dejar de poner el mayor cuidado en no romper la negociacion que se deseaba sinceramente llevar á feliz término. La multitud y complicacion de objetos que debian debatirse proporcionaban á las partes contratantes un medio natural de ganar ese tiempo, sin necesidad de recurrir á la astucia diplomática.

«Todo depende, escribia Mr. Otto, de dos co-

sas: ¿el ejército inglés era batido en Egipto? ¿La España marchará francamente contra el Portugal? Apresuraos á obtener estos resultados ó uno de los dos, y alcanzareis la hermosa paz del mundo; pero debo deciros, añadía, que si los ministros ingleses temen mucho á nuestros soldados de Egipto, no temen la resolución de la corte de España.»

De esta manera hacia el primer consul continuos esfuerzos para despertar á la antigua corte de España, y hacerla concurrir á sus dos grandes designios, que consistían por una parte en apoderarse del Portugal, y por otra, en dirigir hacia el Egipto las fuerzas navales de las dos naciones. Desgraciadamente los resortes de aquella antigua monarquía estaban gastados. Un rey bondadoso, pero obcecado y absorto por los cuidados mas vulgares y menos dignos del trono; una reina entregada á las mas vergonzosas liviandades; un favorito presuntuoso, frívolo, incapaz, consumían en el ocio y la licencia los últimos recursos de la monarquía de Carlos V. Luciano Bonaparte, enviado de embajador á Madrid, para indemnizarle del ministerio de lo interior, Luciano, deseoso de competir con José en sus triunfos diplomáticos, se agitaba en España para servir allí con buen éxito la política de su hermano; verdad es que había adquirido influencia, gracias á su nombre, y gracias tambien al afortunado atrevimiento con que prescindiendo de los ministros propietarios, para ir en derechura al verdadero gefe del gobierno, es decir, al príncipe de la Paz.

Colocando á este príncipe entre el resentimiento ó el favor del primer consul, había escitado en

él un celo poco comun en favor de los intereses de la alianza, y le había hecho adoptar completamente el proyecto de la guerra contra el Portugal. Luciano había dicho á la corte de España: anhelais la paz, y la anhelais de una manera ventajosa, ó por lo menos no perjudicial; quereis terminarla sin haber perdido ninguna de vuestras colonias; pues bien, ayudadnos á coger prendas, de que nosotros nos serviremos, para arrancar á la Inglaterra la mayor parte de sus conquistas marítimas.—Semejantes razones eran excelentes y sin réplica, pero no eran las mas decisivas para el príncipe de la Paz. Luciano había discurrido otras mas eficaces. «Vos lo sois todo aqui, había dicho al favorito; mi hermano lo sabe, y os echará la culpa si se frustran los proyectos de la alianza. ¿Quereis á los Bonapartes por amigos ó por enemigos?»—Estos argumentos empleados ya para decidir la guerra del Portugal se empleaban diariamente para acelerar sus preparativos. Por lo demas, cualesquiera que fuesen los argumentos que obrasen sobre el ánimo del príncipe de la Paz, lo cierto es que al emprender esta guerra, no hacia traicion á los intereses de su pais. Por el contrario, no podia servirlos mejor, porque la guerra contra el Portugal era el único medio de obligar á la Inglaterra á la restitucion de las colonias españolas.

Los preparativos se habían acelerado todo lo posible, y á ellos se aplicaban los últimos recursos de la monarquía. ¿Quién creerá que aquella nacion grande y noble, cuya gloria ha llenado el mundo, y cuyo patriotismo debía estallar muy pronto, desgraciadamente contra nosotros, quién

creerá que hallaba trabajo sumo en reunir veinte y cinco mil hombres; que con puertos magníficos y gran cantidad de bageles, restos del glorioso reinado de Carlos III, se veía apurada para pagar algunos operarios en sus arsenales y poner á nado sus buques; que se hallaba en fin, en la imposibilidad de proporcionarse víveres para abastecer sus escuadras? ¿quién creerá que las quince navas españolas, encerradas hacia dos años en Brest, componian toda su marina, ó por lo menos su marina en estado de servicio? La privacion de metálico, á consecuencia de la interrupcion de las relaciones con Méjico, la habia reducido al papel-moneda, y este habia llegado al último grado de descrédito. Se acababa de hacer un llamamiento al clero, que no poseia en aquel momento los fondos que se necesitaban inmediatamente, pero que gozaba de mas crédito que la corona, y á favor de este crédito habian podido acabarse los preparativos comenzados.

Veinte y cinco mil hombres, no muy mal equipados, habian avanzado al fin hácia Badajoz, pero esto no bastaba. El príncipe de la Paz habia declarado que, sin una division francesa, no se podia aventurar la entrada en Portugal. El primer consul habia apresurado la reunion de esta division en Burdeos, la cual no tardó en atravesar los Pirineos y marchar á grandes jornadas hácia Ciudad-Rodrigo. El príncipe de la Paz queria entrar con los españoles por el Alentejo, en tanto que la division francesa penetraria por las provincias de Tras-os-Monte y de Beyra. El general Saint-Cyr que debia mandar á los franceses, habia ido á Madrid á concertar las operaciones con el príncipe

de la Paz; y aunque poco á propósito para contemplar la susceptibilidad agena, teniendo él mismo demasiada, logró sin embargo que el príncipe aceptase sus buenos consejos, y acordó con él un plan de operaciones conveniente.

Viéndose el Portugal estrechado tan de cerca habia enviado á Madrid al señor de Araujo, pero como le negaban el paso, se dirigió entonces á Francia, donde hallo las mismas negativas. El Portugal, se decia, está pronto á sufrir todas las condiciones, siempre que no se le obligue á cerrar sus puertos á los buques de comercio inglés. Estas ofertas fueron rechazadas, y se convino en pedirle la espulsion completa de los buques ingleses, asi de guerra como mercantes, que se tendria á tres de sus provincias en depósito hasta la paz, y que se la haria pagar en fin los gastos de la expedicion.

Las tropas de las dos naciones se pusieron en marcha, y el príncipe de la Paz dejó á Madrid, llena su cabeza de los sueños mas dorados de gloria. La corte y el mismo Luciano debian acompañarle. El primer consul habia recomendado la mas exacta disciplina á las tropas francesas; habiales prescripto que oyesen misa los domingos, que visitasen á los obispos, cuando atravesasen por la capital de alguna diócesis, y que se conformasen en un todo á las costumbres españolas, pues queria que la vista de los franceses en lugar de alejar á los españoles, los acercase mas y mas á la Francia.

Por este lado todo se verificaba á medida de los deseos del primer consul, y conforme al mayor interés de la negociacion entablada en Lóndres;

pero quedaba todavía mucho que hacer respecto del destino que habia de darse á las fuerzas navales. Ya hemos visto de qué manera debian concurrir al objeto comun las tres marinas de Holanda, Francia y España. Cinco buques holandeses, con cinco franceses y cinco españoles, cargados de tropas debian amenazar el Brasil, ó tratar de recobrar la Trinidad, destinándose al Egipto todo el resto de las fuerzas navales. Ganteaume, que habia salido de Brest con siete buques y llevaba un socorro considerable, seguia la ruta de Alejandria. Los demas buques españoles y franceses se habian quedado en Brest, para hacer temer sin cesar una expedicion en Irlanda, mientras que otra expedicion que habia de salir de Rochefort y unirse á cinco buques españoles armados en el Ferrol y á otros seis armados en Cádiz, debia seguir á Ganteaume al Egipto. Pero temiéndose una indiscrecion, no se reveló este proyecto á España, diciéndole solamente, sin entrar en mas esplicaciones, que hiciera pasar á Cádiz la division naval preparada en el Ferrol. La corte de España reclamó vivamente contra esta direccion, alegando el peligro de atravesar por entre los cruceros ingleses, que eran muy numerosos en la entrada del estrecho y en las inmediaciones de Gibraltar. Además los buques del Ferrol apenas se hallaban en estado de darse á la vela, á causa de haberse retardado demasiado su armamento. Sin declarar Luciano el proyecto sobre el Egipto, habló de la necesidad de dominar el Mediterráneo, de la posibilidad de intentar en este mar alguna cosa útil á los dos paises, y emprender acaso una expedicion para recuperar la isla de Menorca. En fin pu-

do alcanzar las órdenes necesarias, y la division española del Ferrol debió ser conducida á Cádiz por la escuadra francesa de Rochefort. No era esto todo: la España, como recordará el lector, habia prometido dar seis bageles. Habia contestaciones sobre la época en que debia cumplirse esta condicion; pero como se iba á entregar la Toscana, aun antes que la Luisiana fuese devuelta á la Francia, era muy justo que se entregasen inmediatamente aquellos buques. El ministerio español se decidió al fin á escoger seis en el arsenal de Cádiz, y á entregárnoslos en el acto, si bien no queria darlos armados y provistos de víveres, siendo imposible enviar desde Francia cañones y galleta.

Preciso es convenir en que eran estas mezquinas contestaciones, en presencia del enemigo comun, á quien era indispensable batir por todos los medios, si se queria obligarle á reducir sus pretensiones. Estas dificultades fueron al fin resueltas como el primer consul apetecia. Ya hemos visto que el almirante francés Dumanoir habia partido en posta para Cádiz, á fin de vigilar el equipo de los buques españoles y franceses, y encargarse de su mando. Este almirante habia visitado los puertos de España, y habia encontrado en ellos toda la confusion y todas las faltas que son consiguientes á una opulencia negligente y desordenada. Con los restos de un magnifico material, con numerosos buques muy hermosos, pero desarmados, y con establecimientos soberbios, no habia en Cádiz por falta de jornales, ni un marinero, ni un operario para poner esta marina en estado de darse á la vela. Todo estaba en-

tregado al despilfarro y abandono (1) El ministro francés había enviado al almirante Dumanoir créditos sobre las casas mas ricas de Cádiz, y a fuerza de dinero contante, había logrado este oficial vencer las principales dificultades. Despues de haber escogido los buques que habían sufrido menos las injurias del tiempo y de la negligencia española, los armó sirviéndose del material quitado a otros; se proporcionó marineros franceses, emigrados unos á consecuencia de la revolucion, y escapados los otros de las prisiones de Inglaterra; recibió cierto número de ellos enviados de los puertos de Francia á bordo de buques ligeros; pidió y obtuvo permiso para matricular algunos españoles, y enganchó por medio de un sueldo crecido algunos suecos y daneses. Enviáronse á la península los oficiales necesarios para organizar sus estados mayores, y marcharon á Cataluña destacamentos de infanteria francesa, para completar sus dotaciones. Esta division, la del Ferrol, y la de Rochefort, que formaban una fuerza de cerca de diez y ocho buques, debían ir al Egipto despues de haber tocado en Otranto, para tomar allí diez mil hombres de desembarco. Estos proyectos cuya esposicion se ha visto mas arriba, estaban ya en completa ejecucion.

Para arrancar á la España los débiles esfuerzos que se acababan de obtener con tanto trabajo, el primer consul había cumplido todas las promesas que le había hecho, con una fidelidad

(1) Los partes de este almirante, que existen en los archivos, no del ministerio de marina, sino del de negocios estrangeros, presentan el mas curioso cuadro de lo que puede llegar á ser un gran estado confiado á malas manos.

notable, y aun las había sobrepujado. Habiendo recibido la casa de Parma en lugar de su ducado, el hermoso país de la Toscana, lo cual formaba hacia mucho tiempo el voto mas ardiente de la corte de Madrid, necesitaba para tal sustitucion el consentimiento del Austria. El primer consul se había aplicado á obtenerlo y lo consiguió. El ducado de Toscana había ademas sido erigido en reino de Etruria. El anciano duque reinante de Padua, principe devoto y enemigo de todas las novedades de la época, era hermano como hemos dicho, de la reina de España. Su hijo, joven muy mal educado, se había casado con una infanta y vivía en el Escorial. A estos dos jóvenes esposos se había destinado el reino de Etruria. Sin embargo, no habiendo prometido el primer consul este reino sino en cambio del ducado de Parma, no quería entregar el uno, sino cuando ocurriera la vacante del otro, y esta vacante no podía ocurrir sino con la muerte ó la abdicacion del viejo duque reinante; pero este viejo duque no quería morir, ni abdicar. A pesar del interés que el primer consul tenía de desembarazarse de semejante huesped en Italia, consintió en tolerarlo en Parma, colocando inmediatamente á los infantes en el trono de Etruria, sin exigir otra cosa sino que vinieran á Paris á recibir la corona de sus manos, como antiguamente los monarcas súbditos acudían á la antigua Roma á recibir la corona de manos del pueblo-rey. Este era un espectáculo grande y singular que quería dar la Francia republicana. Los jóvenes principes dejaron pronto á Madrid para trasladarse á Paris, en el momento mismo en que sus parientes se encaminaban á



Badajoz á fin de dar al favorito el placer de ser visto á la cabeza de un ejército.

Tales eran las atenciones y diferencias con que el primer consul trataba de despertar el celo de la corte de España y obligarla á secundar sus designios. En aquel instante era el Egipto el centro hácia donde se dirigian todos los esfuerzos, todas las miradas, temores y esperanzas de las dos grandes naciones beligerantes, Francia ó Inglaterra, y parecia que antes de deponer las armas, querian aquellas dos naciones servirse de ellas por última vez para terminar con mas gloria y provecho la terrible guerra que ensangrentaba el globo hácia diez años.

Hemos dejado á Ganteaume tratando de salir de Brest el 3 de pluvioso (23 de enero de 1801), en medio de una horrible tempestad. Los vientos habian sido largo tiempo débiles ó contrarios, pero aprovechando al fin una racha de Nordeste, que soplabá del lado de la costa, se habian dado á la vela para obedecer al ayudante de campo del primer consal Savary, que estaba en Brest con encargo de vencer todas las resistencias. Esto podria ser una grave imprudencia; pero ¿qué podia hacerse en presencia de una escuadra enemiga, que bloqueaba incesantemente la rada de Brest, cualquiera que fuese el tiempo que reinara, y no se retiraba sino cuando el crucero se hacia imposible? Preciso era ó no salir nunca, ó salir en medio de una tempestad que alejase á los ingleses. La escuadra compuesta de siete navios, dos fragatas, y un bergantin, todos buques muy veleros, llevaba á bordo cuatro mil hombres de tropa, un inmenso material, y multitud de em-

pleados con sus familias que creian ir á Santo Domingo. Se apagaron los fuegos de la escuadra á fin de no ser descubiertos, y se aparejó en medio de los mayores recelos. El viento de Nordeste era para salir de Brest el mas peligroso de todos. En aquel momento reinaba con estremada violencia, pero afortunadamente no adquirió toda su fuerza sino cuando ya se habian salvado los bancos y se habian metido mar adentro. Hubo que sufrir rachas horribles de viento y un mar espantoso. La escuadra marchaba en orden de batalla, con el navío almirante á la cabeza; éste era el *Indivisible*; seguiale el *Formidable* que llevaba el pabellon del contra-almirante Linois. Seguia el resto de la division, dispuesto cada buque á combatir si el enemigo se presentaba. Apenas se habian metido mar adentro, cuando el viento que continuaba furioso se llevó las tres gavias del *Formidable*. El navío *Constitucion* perdió el palo mayor de cofa; el 10 de agosto y el *Juan Bart*, que le seguian de cerca se colocaron á vabor y estribor, y le guardaron de vista hasta el dia siguiente, para acudir á su socorro en caso de necesidad. El bergantin *Buitre* se hubiera ido á pique, á no haber sido socorrido oportunamente. En medio de la tempestad y de las tinieblas la escuadra habia sido dispersada. Al dia siguiente al rayar el alba, Ganteaume que montaba el *Indivisible*, se mantuvo por algun tiempo al paio á fin de reunir su division; pero temiendo la vuelta de los ingleses, que hasta entonces no se habian mostrado, hizo fuerza de vela hácia el punto de reunion convenido. Este punto de reunion era á cincuenta leguas al Oeste del cabo de Saa Vi-

cente, que es uno de los mas salientes que se hallan en la costa meridional de España. Los otros buques de la division despues de haber seguido la tormenta, repararon sus averias en el mar por medio de su material de repuesto, y acabaron por reunirse todos, á escepcion del navío almirante, que despues de haberlos esperado habia dirigido su rumbo hácia el punto de la cita. El único accidente de la travesía fué un encuentro de la fragata francesa la *Valentia* con la fragata inglesa la *Concordia*, que habia venido á observar la marcha de la division. El capitán Dordelin, que mandaba la *Valentia* dirigió su proa á la fragata inglesa y le propuso el combate; colocóse muy cerca de ella, y le disparó muchos cañonazos que produjeron sobre su puente un horroroso estrago. El capitán Dordelin daba sus disposiciones para asaltar al abordaje, cuando la fragata inglesa maniobrando por su lado para librarse de este peligro, se salvó haciendo fuerza de velas (1).

La fragata francesa alcanzó á la division y bien pronto se reunieron en el meridiano indicado, todos los buques al rededor del pabellon almirante. De este modo se dirigieron hácia el estrecho de Gibraltar, despues de haber escapado como por milagro de los peligros de la mar y del enemigo. Las tropas de la escuadra estaban llenas de entusiasmo, porque comenzaban á adivinar á donde iba, y todos deseaban llenar la

(1) Los ingleses han querido suponer que la fragata francesa fué la que abandonó la batalla, pero los informes que me han dado dos oficiales de alta graduacion que existen todavia, y que formaban parte de la escuadra, no me dejan duda alguna sobre la verdad de la relacion que aqui presento.

gloriosa mision de salvar el Egipto. Importaba apresurarse, porque en aquel momento la escuadra del almirante Keith, reunida en la bahía de Maeri, sobre la costa del Asia Menor, no esperaba ya mas que los últimos preparativos de los turcos, que continuaban muy perezosos, para darse á la vela, y llevar un ejército inglés á las bocas del Nilo. Era, pues, preciso adelantarse á ella, y las circunstancias parecian prestarse á ello de la manera mas propicia. El almirante inglés San Vicente que mandaba el bloqueo de Brest, advertido demasiado tarde de la salida de Ganteaume, habia enviado en su busca al almirante Calder, con una fuerza igual á la division francesa, es decir con siete navíos y dos fragatas. No pudiendo los ingleses imaginar que la division francesa osara penetrar en el Mediterráneo, en medio de tantos cruceros, por otra parte engañados bajo todos conceptos, creyeron que los franceses habian navegado hácia Santo Domingo. El almirante Calder se dirigió pues á las Canarias para trasladarse desde allí á las Antillas. Durante este tiempo habia entrado Ganteaume en el estrecho, y costeaba el Africa para ocultarse á la vista de los cruceros ingleses de Gibraltar. Los vientos no le secundaban suficientemente, pero la ocasion era favorable para el desempeño de su mision, porque el almirante inglés Warren, que cruzaba sin cesar de Gibraltar á Mahon, no tenia mas que cuatro navíos, estando todo el resto de las fuerzas inglesas, con el almirante Keith, empleado en el transporte del ejército de desembarco. Desgraciadamente Ganteaume ignoraba estos pormenores, y la grave responsabilidad que